QUIEN BIEN AMA,

BIEN ENREDA.

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN VERSO

de

D. RAFAEL VILLALOBOS Y BELMONTE.

Representada con estraordinario éxito la noche del 5 Febrero 1868.

BARCELONA.

IMPRENTA DE LA V. É H. DE GASPAR—ATAULFO—14.

1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL.	S.ª D.ª MATILDE SERRANO
LOLA.	S.ª D.ª MATILDE SERRANO
D.ª ESPERANZA. . .	S.ª D.ª MATILDE SERRANO
D.ª AMBROSIA BUENDIA..	DOÑA FELIPA ORGAZ.
PETRA..	Srta. D.ª AMELIA CHAMAN
D. JUAN.	DON ASCENSIO MORA.
PERICO el de los Palotes	DON ASCENSIO MORA.
EL DR. SANGREDO. .	DON ASCENSIO MORA.
VILLADIEGO. . . .	DON ASCENSIO MORA.
D. CANUTO.	DON MIGUEL CEPILLO.
D. TADEO	DON JOSÉ MOREL.
DIEGO.	DON SERAFIN GARCÍA.

La escena en Madrid.—186...

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada. A la derecha una puerta que conduce á las habitaciones de doña Ambrosia, otra semejante á la izquierda que conduce á las de don Canuto. En el fondo, á la derecha, puerta de salida general; á la izquierda un cierro de cristales, practicable, por los que se vé la balustrada que conduce al jardin, con macetas, flores y demas.—Escritorio á la izquierda, segundo término.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL. D. JUAN. PETRA. DIEGO.

D. JUAN. Hoy precisamente el golpe;
con vuestra ayuda nos basta:
todo lo tengo arreglado
para dar la gran batalla.
Si vencedores salimos,
en la próxima semana
á los cuatro, en dos entregas,
el mismo cura nos casa;
yo os lo prometo.

PETRA. ¡ Qué gusto!
DIEGO. Si las cuentas son galanas;
pero su padre es un *tigre*.
D. JUAN. Se le domestica.
PETRA. ¡ Cáscaras!...
DIEGO. Y la mamá de esta niña
es un lobo con carlancas.
D. JUAN. Y su padre es un cordero
y nos protege y nos ama.
ISABEL. Mi padre es un mártir.
D. JUAN. Cierto.
PETRA. Es verdad.
ISABEL. Sufre y aguanta
por mi; pero cuando sepa
que yo estoy interesada
en que se lleve adelante
la boda que ellos rechazan...
D. JUAN. Es decir, quien no la quiere
es tu madre, por que aguarda
que se doblegue mi padre
á sus caprichos...
PETRA. ¡ Qué lástima!
D. JUAN. Y ni mi padre consiente,
por que á sus estravagancias
no se amoldará tu madre,
y hará bien.—La buena pasta
del difunto... de don Roque,
vió siempre con mala cara
esas constantes reyertas,
esas relaciones ágrias
entre los dos mas cercanos
parientes de su prosapia.—
Dijo, estos dos matrimonios
se detestan; no me agrada
pensar que armen un litigio
cuando muera. Tienen ambas
familias dos pequeñuelos,
que si mas tarde se enlazan,
conseguiré que en mis deudos
reine una paz octaviana,
y mi pingüe patrimonio
ni se amengüe, ni se parta.—

Esto supuso don Roque
porque con juicio pensaba,
y su testamento encierra
muchas y excelentes máximas,
y todas, segun he visto,
á este fin encaminadas.

ISABEL. Cinco años púso de plazo
y uno tras otro se pasa
y no quedan al presente
ni siquiera dos semanas
para arreglar los asuntos
que ese testamento abarca.

D. JUAN. Yo no codicio riquezas
pues con tu mano me basta.

ISABEL. Eso digo yo ; mas quiero...
aunque respeto sus canas,
que no me mande mi madre,
sino tú.

D. JUAN. La oracion cambia ;
yo quiero á mi padre mucho,
mas su carácter me enfada,
y es preciso á todo trance
que se termine esta farsa.—
Es ridículo á fé mia
que viviendo en esta casa
cinco años, por voluntad
del difunto, que aguardaba
una reconciliacion
sin duda muy necesaria,
no se dirijan al menos
alguna vez la palabra
sino para proseguir
esa reyerta empezada
hace quince años. Nosotros
debemos hoy terminarla.—
Si á mi tus padres me han visto
habrá sido de pasada ;
además procuraré
que no me conozcan.

PETRA. Vaya.

ISABEL. A mi tampoco tu padre
me ha visto hace años la cara ;

cómo estuve en el colegio...
D. JUAN. Y yo.
PETRA. ¡ Pues siga la trampa !
D. JUAN. Por otra parte, mi amigo
el agente Pedro Palma,
á quien tu madre consulta,
y quien me ayudó en la trama,
ha hecho un papel magnífico
siendo el autor de esas cartas
de novios solicitantes
que han llegado esta mañana.
Mi padre, por mi enterado
de que novio te buscaban,
tambien en la misma agencia
busca mi media naranja,
y yá le tenemos puesto
un gran anzuelo á su caña.—
Tú, Diego, vente conmigo
y traerás lo que me falta
á tu cuarto... (Voces dentro.)
ISABEL. ¡ Santo Dios !
Mi madre!..,
D. JUAN. Y qué destemplada;
sin duda riñe á tu padre.
ISABRL. Si me vé aqui me regaña
sin remedio. Adios, yo paso
por todo lo que tú hagas.
(Váse precipitadamente.)
PETRA. Yo me voy, por que si acierta
á salir, tambien me araña. (Váse.)

ESCENA II.

D. JUAN. DIEGO.

D. JUAN. Ahi tienes una mujer
que á nuestras huestes espanta,
con solo hablar.
DIEGO. ¿Quién resiste
de esa vieja una andanada?
D. JUAN. Yo la he de poner mas suave

que el cordobán.

DIEGO. Mucha maña
se necesita.

D. JUAN. Veremos.

DIEGO. Es una tia... muy larga;
con mas cónchas que un galápago,
y un palique, una gramática...

D JUAN. Nunca es el leon tan fiero
como la gente propala.

DIEGO. Mire usted, que sabe mucho.

D. JUAN. Pues que marche á Salamanca
y nos deje en páz.

DIEGO. Cuidado,
señorito de mi alma,
no le arme una zancadilla
y se pierda herencia y dama.

D. JUAN. En último trance, damos
la tremenda campanada.

DIEGO. ¿Y qué es eso?

D. JUAN. Que me caso
aquí, en esta misma sala,
antes que el plazo se cumpla...

DIEGO. ¡Muy bien hecho!

D. JUAN. Y santas pascuas.

DIEGO. Siento gruñir á esta parte. (La derecha.)

D. JUAN. Que no nos vea.

DIEGO. ¡Malhaya!...

(Vánse por el fondo.)

ESCENA III.

D.ª AMBROSIA. D. TADEO.

TADEO. Digo que era un caballero,
Ambrosia, y aqui doy punto.

AMBROS. Yo digo que era el difunto
un solemne majadero.

TADEO. Respetemos su memoria.

AMBROS. Esa es otra tonteria;
y la testamentaria...

TADEO. ¡Que Dios le tenga en su gloria!

AMBROS. ¿Pides por él al Eterno?...
TADEO. De virtud era un dechado.
AMBROS. Si, pero nos ha dejado
en vez de herencia, un infierno.
TADEO. Ambrosia, yo te suplico...
AMBROS. No hay súplicas, don Tadeo.
TADEO. Pero, hija...
AMBROS. Nada; yo creo
que era el difunto un borrico.
TADEO. Tal concepto no tenia:
pasó por hombre ilustrado.
AMBROS. La opinion que se ha formado
de él, no la merecia.
Si leyeses como yo
la copia del testamento
verias que era un jumento
quien tales cosas dictó.
TADEO. Hoy estás desatinada.
AMBROS. ¿No vé usted, señor pelmazo...
TADEO. Qué?...
AMBROS. Que vá á espirar el plazo
y no heredaremos nada?
TADEO. Un novio para la niña
lo hallarémos..
AMBROS. No, Tadeo.
TADEO. Si, mas bonito ó mas feo.
Y en cuanto sepa la viña
que lleva...
AMBROS. Pues ahi está,
ese es mi constante susto;
el novio ha de ser del gusto.
TADEO. De la niña...
AMBROS. Y de mamá.
TADEO. ¿Tú, te has de casar con él?
AMBROS. Si.
TADEO. ¿No lo estoy yo contigo?
AMBROS. Si no se casa conmigo
se casa con Isabel.
TADEO. Eso es otra cosa.
AMBROS. No.
TADEO. Aunque el novio no te cuadre...
AMBROS. Será á gusto de su madre...

TADEO. Pero...
AMBROS. Y su madre soy yo.—
Y vamos callando; ¡hola!
¿yá te subes á mayores?
TADEO. Es que...
AMBROS. Por mucho que implores
aquí mando yo, yo sola!
Tú eras un pobre pelgar
cuando yo te dí mi mano.
TADEO. ¡Me ofendes!...
AMBROS. Vamos al grano,
y no vuelvas á chistar!—
Llégate á ver si han venido
todos esos pretendientes,
y con respecto á parientes
déjalos en el olvido.
Dáles hora separada,
y asi mejor juzgaremos,
y de ese modo veremos
si alguno á Isabel le agrada.
Con que no pierdas momento,
porque tiene un soplo el dia.
Yo estudiaré todavia
el dichoso testamento.
TADEO. No contrario tu plan;
pero, Ambrosia, no te ofendas:
Juan, es un jóven de prendas.
AMBROS. ¿Si?
TADEO. Si.
AMBROS. Pues no quiero á Juan.
TADEO. Entre don Canuto y tú
enredais esta madeja.
AMBROS. No me cantes á la oreja
y vete por belcebú.
Miren quién le mete á él.,.
TADEO. Es que Isabel le prefiere.
AMBROS. Es que Canuto no quiere
casarle con Isabel.
TRDEO. Pues si tal boda se hiciera...
AMBROS. No me mientes la tal boda.
TADEO. Pues se quedaria toda
la herencia.,.
AMBROS. La herencia entera,

aunque la mitad disfruto,
daria de buena gana,
por no ver desde mañana
á mi pariente Canuto.—
Yá lo sabes : á buscar
un novio de nuestro agrado ;
esto es lo que yo he pensado,
por que el plazo vá á expirar.

TADEO. Corriente y no haya mas riña.

AMBROS. Tambien ese es mi deseo ;
con que búscame, Tadeo,
un novio para la niña.

TADEO. Los tres que deben llegar,
segun me ha dicho el agente,
son á cual mas excelente.

AMBROS. Pues hijo mio, á trotar.
No pierdas un solo instante,
no sea que por descuido...
Ya vés, bnscar un marido
no es como hallar un amante.
(Le vuelve hácia la puerta y le empuja para que salga.)

ESCENA IV.

DOÑA AMBROSIA.

Por mas vueltas y revueltas
que doy á estos papelotes,
no hallo cláusula ninguna
donde agarrarme. Don Roque
lo dejó de tal manera
y tan cláro y tan en órden,
que si me meto en un pleito
me costará los doblones
y no consiguiré nada
de lo que intento.—Demontre !— (Lée.)
»Si Juan é Isabel se casan
suya es la herencia»...—¡ Huy qué hombre!
»Si no se casan, cinco años
les doy para que coloquen

sus padres á los muchachos
con quien bien les acomode;
pero si no se casaran
durante ese tiempo, entonces
pasará mi herencia toda...»—
¡ Toda su herencia !...—»A los pobres.»—
Bien terminante es la cláusula,
claras son las infracciones.
Si se casan son los amos,
si no se casan no hay coche,
y la mitad si lo hacen
en el plazo que él impone,
aunque sea con estraños
y... yá, yá : estoy en el golpe.—
No sé que pensar... la herencia
vendrán á ser tres millones,
y esta casa, que lo menos
vale otros dos... ¡ San Onofre !
Privar á mi hija de...
esto, que le corresponde!..—
Si Canuto se aviniese
con algunas condiciones...—
Los chicos los manejaba
yo á mi manera, son dóciles,
y yo mandaria en gefe
en esos cinco millones.—
Si le conviene á Canuto
vivir lejos de la Corte...
le daria yo mi hacienda
de Aragon, que tiene un bosque
tan hermoso, y mucha caza....
y en fin, allí con los robles,
que riña y se enfade y grite
todo cuanto se le antoje;
con tal de que no le vea,
que al verle me dan temblores,
haria... hasta el sacrificio
de olvidarme de don Roque.—
¡ Huy, Canuto !—A tiempo llega;
casi me viene de molde.

ESCENA V.

D.ª AMBROSIA, D. CANUTO. Sale entretenido y leyendo una copia del testamento.

CANUTO. Pues señor, es mucho cuento;
tan previsor el difunto,
y yo encuentro en el conjunto
anómalo el testamento.
Es dura la condicion
que al heredero somete:
¡ pues ! le pete ó no le pete,
que venda su corazon.
No encuentro cláusula alguna
de evitar esa exigencia,
sin renunciar á la herencia.
AMBROS. No, Canuto, no hay ninguna.
CANUTO. ¿ Eh ?
AMBROS. Son las mandas muy claras :
yo el testamento estudié...
CANUTO. Y aqui ¿ quién le mete á usté
en camisa de once varas ?
AMBROS. Mi derecho.
CANUTO. Lo ha deshecho
la voluntad del finado.
AMBROS. ¿ Cómo?
CANUTO. Que nos ha dejado
á ti y á mi sin derecho.
AMBROS. No lo veo de esa suerte.
CUNUTO. Pues los letrados lo vén.
AMBROS. Reclamaré.
CANUTO. ¿ Contra quién ?
AMBROS. ¡ Qué se yo !
CANUTO. Contra la muerte.
Si don Roque resucita
y quiere testar de nuevo...
AMBROS. Pues es que yo lo repruebo.
CANÚTO. ¿ Y quién eres tú, bendita ?
AMBROS. ¡ Protesto !
CANUTO. Otra necedad.

AMBROS. Me insultas ?...
CANUTO. Ya la tenemos
armada.
AMBROS. ¿Y qué? ¿no podemos
hablar con sinceridad ?
CANUTO. Si no es eso.
AMBROS. Tu aficion
á reñir...
CANUTO. ¡ Dale !
AMBROS. ¡Y es claro ;
hablo y me pones reparo.
CANUTO. Porque no tienes razon.
AMBROS. Me ofendes cada momento.
CANUTO. La verdad no es una ofensa ;
tú recapacita, piensa...
AMBROS. Yo me atengo al testamento.
CANUTO. Mira, le tengo en la mano.
AMBROS. Yo siempre le llevo encima;
pero eres para tu prima...
CANUTO. ¿ Qué soy para tí ?...
AMBROS. Un tirano !
CANUTO. Si no me dejas hablar.
AMBROS. Como eres tan irascible....
CANUTO. ¡ Oh ! contigo es imposible
que pueda yo razonar.
AMBROS. El testamento es sencillo,
está muy claro, lo pruebo.
CANUTO. Dímelo á mi, que lo llevo
cinco años há en el bolsillo.
AMBROS. ¿ Lo vés ? por nada te ofendes.
CANUTO. Estás mal acostumbrada.
AMBROS. ¿ Yo ?...
CANUTO. Tú, no entiendes de nada
y crées que todo lo entiendes.
A tus pobres reflexiones
no hallas quien les ponga tasa,
porque llevas en tu casa
por desgracia los calzones.
AMBROS. ¿ A mi Tadeo tambien,
si no te basta conmigo,
le insultas ?...
CANUTO. Pero si digo

que él es un hombre de bien.
AMBROS. Le acusas de mentecato,
y acaso un papel mas feo...
CANUTO. ¡ Si te diera don Tadeo
con la suela del zapato !...
AMBROS. ¡ Este hombre es una fiera !
Tu carácter indigesto
te ha de perder.
CANUTO. Por supuesto!
AMBROS. ¡ Me pareces un cualquiera !
CANUTO. ¡ Ambrosia !
AMBROS. Nadie te quiere,
ni tu hijo.
CANUTO. ¡ Qué aprension !
AMBROS. Y al verte tan regañon,
no sé como no se muere !
CANUTO. Te has propuesto, prima mia,
desde el punto que habitamos
esta casa, que tengamos
una riña cada dia.
Tú, no quieres ver en mí
un consejero leal,
y aunque me haces mucho mal,
mayor te lo haces á tí.
Quisieras la herencia toda
de don Roque...
AMBROS. Yo no he dicho...
CANUTO. Pero tienes el capricho
de impedir la única boda
que posible nos haria
una reconciliacion,
y que nuestra posicion
sin duda mejoraria.
AMBROS. (Me abre el camino.) (Aparte.)
CANUTO. Además,
lo que ha dejado el pariente
¿ porqué, dime, se consiente
que lo gocen los demás ?
AMBROS. Entras en el buen sendero
y ya vés como te escucho.
CANUTO. Es que voy á decir mucho.
AMBROS. Y yo.

CANUTO. Habla.
AMBROS. Tú primero.
CANUTO. Ambrosia, nuestro interes
debe fijarse en los chicos,
pues si les dejamos ricos
nos bendecirán despues.—
Tu hija, no tiene tacha:
mi hijo, no tiene pero;
cuanto él es de caballero
es de honrada la muchacha.
Ni tú á Juanito conoces,
ni yo he visto á Isabelita:
desde la herencia maldita
todo aqui se ha vuelto voces.
Yo chillido y tú chillido,
yo rabieta y tú regaño;
pasó un año y otro año
sin habernos entendido.
Ya que, milagrosamente,
hablamos hoy en razon,
tú me dirás tu opinion;
pero dila francamente.
AMBROS. Son justas tus reflexiones:
al fin nos entenderemos,
y á los chicos casaremos
si aceptas mis condiciones.
CANUTO. Mis antiguas alegrías
es fácil que restituyas.
Dí las condiciones tuyas
que yo te diré las mias.
AMBROS. Mi Isabelita ¡ qué gozo!
es un pedazo de imán.
CANUTO. Pues mira, lo que es mi Juan,
es un arrogante mozo.
AMBROS. En el colegio ¡ oh portento!
no le quedó que aprender.
CANUTO. Pues Juanito es bachiller,
y tiene mucho talento!
AMBROS. Si trabaja es primorosa:
si se viste es elegante;
Isabel es un diamante;
¡ feliz quien la haga su esposa!

CANUTO. Juan lleva ese don preciso
para la paz, la alegria ;
Isabelita estaria
con él, en el paraiso.

AMBROS. Mi hija, como su abuela,
en el piano es profesora.

CANUTO. Juan toca el violin y ahora
se ejercita en la vihuela.

AMBROS. Tambien toca... de aficion,
el salterio : es de mi agrado.

CANUTO. Tambien mi Juan ha tomado
sus lecciones de violon.

AMBROS. Isabel sabe el francés,
italiano y alemán.

CANUTO. Qué coincidencia! pues Juan
tambien conoce esos tres...

AMBROS. Como no habiamos hablado
y tu opinion ignoraba,
como el plazo se acercaba
yo tres novios le he buscado.

CANUTO. Pues con igual interés
y por no perder la parte,
á un agente de buen arte
le he encomendado otras tres.

AMBROS. Pero si tú te avinieras,
los pretendientes escuso.

CANUTO. Y yo á las novias recuso
desde el punto que tú quieras.

AMBROS. Yo haria mas : yo te daria
mis haciendas de Aragon.

CANUTO. Yo te haria donacion
de mi soberbia alqueria.

AMBROS. Por si alguna temporada
quisieras vivir en ellas...

CANUTO. Tiene unas vistas tan bellas...
y á dos pasos de Granada.

AMBROS. El campo, los aires sanos,
los alimentos tan ricos...

CANUTO. Si, si, me iré con los chicos
alguna vez... los veranos.

AMBROS. Acaso les convendria
esos parages tan bellos...

nada, yo me iré con ellos
á la hermosa Andalucía.

CANUTO. Hace allí tanto calor,
se está allí tan al abrigo...
En fin, se vendrán conmigo
al norte y será mejor.

AMBROS. Es pais de pulmonias
y le tengo mucho miedo;
¡ si yo llevármelos puedo
allá... á las andalucías !

CANUTO. ¿ Y que les dé un tabardillo
y se mueran de rondon ?
No, que vengan á Aragon
conmigo y es mas sencillo.

AMBROS. No irán al norte.

CANUTO. Bobada.

AMBROS. No irán.

CANUTO. Pues yo le prefiero.

AMBROS. Vendrán al sur.

CANUTO. No tolero...

AMBROS. A tu hacienda de Granada.

CANUTO. Las primaveras, muy bien,
porque los sitios aquellos...

AMBROS. Es que yo me iré con ellos.

CANUTO. ¿ Con ellos ? y yo tambien.

AMBROS. Esta casa habitarán
y solos les dejaremos.

CANUTO. ¿ Te irás tú ?

AMBROS. Si, nos iremos
todos.

CANUTO. Yo no dejo á Juan.

AMBROS. ¿ No has dicho, santo varon,
que en Aragon vivirias ?

CANUTO. El verano, algunos dias,
si, viviré en Aragon.
Y tú, puesto que te agrada
Granada, te irás allá.

AMBROS. Si, las primaveras.

CANUTO. Yá !...

AMBROS. Las pasaria en Granada.
Lo demás fuera cruél,
imperdonable mi porte,

si no viviese en la corte
al lado de mi Isabel.

CANUTO. Ambrosia, paso por todo,
arréglalo á tu manera;
con tal de que vivas fuera...

AMBROS. Canuto, de ningun modo.
Ház la boda, si la quieres,
prevalezcan tus consejos;
pero has de vivir muy lejos
de esta casa.

CANUTO. No lo esperes.

AMBROS. Puesto que no hay avenencia,
y conste que es por tu parte,
no vengas luego á quejarte
si se divide la herencia.
(Se dirige á sus habitaciones.)

CANUTO. Escucha...

AMBROS. Para qué, hombre!

CANUTO. Atiende.

AMBROS. Eres muy cerrado.

CANUTO. ¡Ambrosia!

AMBROS. Ya hemos hablado
bastante.

CANUTO. ¡Voto á mi nombre!
¡Qué salida de pabana!—
Oye, te habla un caballero.

AMBROS. Pues yo escucharte no quiero
porque... no me dá la gana! (Entra.)

ESCENA VI.

D. CANUTO.

Ambrosia... ¡qué taravilla!
¡Está loca esa mujer!...
Y yo queria ceder,
vamos... por la negra honrilla!...
Hoy me has visto dócil, manso,
creyendo si te vencía;
mas ya verás otro dia
como yo no soy tan ganso.—

Se acabó: buscaré á Juan,
para que elija entre ellas,
mas mujeres... y mas bellas,
que las que tiene el Sultan!

ESCENA VII.

D. CANUTO. PETRA.—Al salir D. Canuto, llega Petra.

PETRA. ¡Ah!...
CANUTO. Buenos dias.
PETRA. Muy buenos
los tenga usted, señorito.
CANUTO. Siempre tan graciosa.
PETRA. Siempre
de buen humor.
CANUTO. Ya me han dicho
que vás á casarte.
PETRA. Quiá;
no tengo dote.
CANUTO. ¿Ni ahorrillos?
PETRA. Mucha ropa.
CANUTO. ¿Dote en trapos?
PETRA. Eso, me sobran vestidos
y me faltan los monises.
CANUTO. Te falta lo mas preciso;
pero si tú me ayudáras,
yo te daria algun pico,
y á Diego tambien, y entonces
hallaríais el camino
para estableceros... pues!
PETRA. Si, ya entiendo. ¿Y qué es preciso
hacer?
CANUTO. Lo sabrás mas tarde.
PETRA. ¿Pero hay algun compromiso?...
CANUTO. Ninguno.
PETRA. Entonces acepto.
CANUTO. Yá te hablaré en el pasillo
cuando vuelva.—Tú eres lista...
PETRA. Sí, tengo el genio algo vivo.
CANUTO. ¿Serás reservada?

PETRA. Eso
á fé de Petra Rengifo.
CANUTO. ¿Te quiere tu señorita?...
PETRA. Mucho, como yo la estimo.
CANUTO. Pues toma para que compres
esta tarde unos zarcillos.
PETRA. No, señor.
CANUTO. Toma, muchacha.
PETRA. Si usted se empeña... (Toma la moneda.)
CANUTO. Eso mismo.—
Supongo habrás escuchado
de doña Ambrosia los gritos.
PETRA. Esta casa es un infierno
hace cinco años.
CANUTO. Si, cinco
triplicados.
PETRA. Esa herencia
les saca á ustedes de quicio,
y si no dejan la casa
uno ú otro...
CANUTO. Yo la habito
y la habitaré entre tanto
que permanezcan mis primos
en ella ; y lo que es mi parte
la haré posada ú hospicio,
escuela, fragua... una cosa
que meta mucho ruido!
PETRA. O banco de economias.
CANUTO. Tienes razon, ó casino ;
de ese modo haré que sufra
tu señora algun martirio.
PETRA. Y por fin ¿ en qué quedaron
de la boda ?
CANUTO. En que no insisto.—
Me voy á ver si el agente
contestacion ha tenido ;
y como al tratar de bodas
hacerlas aqui es preciso,
en esta sala, segun
determinó en codicilo
don Roque, que es un difunto
que dá que hacer á los vivos

seis años despues de muerto...
PETRA. Si, se lució el pobrecito!
Pues doña Ambrosia tambien
busca novios.
CANUTO. Tengo oido
algo de eso.
PETRA. Y me parece
que acuden ya cuatro ó cinco
al reclamo.
CANUTO. Algun pobrete.
PETRA. Quién sabe; quizá algun pillo.
¡Hay tanto holgazan!...
CANUTO. Es claro,
el espíritu del siglo.
PETRA. ¡Gran Dios que viene su prima,
váyase usted, siento ruido.
CANUTO. ¿Me ayudarás?
PETRA. Por supuesto!
CANUTO. Espérame en el pasillo
cuando vuelva.
PETRA. Bien.
CANUTO. Entonces...
PETRA. ¡Que llega!...
CANUTO. Pues me retiro. (Vásé por el fondo.)

ESCENA VIII.

PETRA.

Demonio!... si no le asusto
se está hasta el dia del juicio;
y Diego dice que corre
prisa; y el muy ladino
de don Canuto queria
sacarme á mi... del bolsillo,
palabritas... pues; no sabe
que está en mis manos el hilo
de la trama, y por la hebra
se saca, es claro, el ovillo.

ESCENA IX.

PETRA, DIEGO.

DIEGO. Petra, chica, aquel sugeto
en mi cuarto se impacienta.
¡Si vieras qué bien le sienta
el vestido de paleto!
PETRA. Tan buena ocasion ahora
que don Canuto ha marchado...
DIEGO. Lo ví.
PETRA. Pues ha regañado
otra vez con mi señora.
DIEGO. ¡Don Tadeo no regresa!
PETRA. ¡Un contratiempo fatal!
DIEGO. Si el asunto sale mal
perdida está nuestra empresa.
PETRA. Tanto como nos conviene,
cuando consentida estaba...
Yo que casarme contaba
en la semana que viene.
DIEGO. Pues, y yo tambien.
PETRA. ¡Dios mio!
Yo, que con esa intencion
voy reservando el manton
nuévo, á pesar de hacer frio.!..
Es claro, llegará el dia,
y con marchar tras el cebo,
por tener el manton nuevo
me dará una pulmonía.
DIEGO. Toma, pues si á mí me atrapa
otro dolor de costado,
¿qué haré con haber dejado
nueva y flamante la capa?
PETRA. ¡Que se apolille!
DIEGO. ¡Un infierno!
PETRA. O que se pase la moda,
y luego aplazar la boda..
pues, hasta el próximo invierno.
Por fin la ropa se espera
y nadie le dice nada;

pero yo, en vez de casada,
estar otro año soltera...
DIEGO. Mil contra tiempos preveo
si un medio ú otro no se halla
para establecernos.
PETRA. Calla, (Con alegria.)
que ya viene don Tadeo.

ESCENA X.

PETRA. DIEGO. D. TADEO.

TADEO. ¿Juntitos, éh? ¡Vaya un par!
PETRA. El entraba y yo salia...
TADEO. Tú querias, y él queria
y... vamos, el verbo amar.
Por eso no he de reñir.
PETRA. Señor.
TADEO. Aguarda allí fuera,
por si llegase cualquiera
de los tres que han de venir.
Yo llamaré á la señora
y en esta sala estaremos.
(Entra en sus habitaciones.)

ESCENA XI.

PETRA, DIEGO.

DIEGO. Pues señor, nos casaremos.
PETRA. Que lo digas en buen hora.
DIEGO. Voy á avisar á ese tio.
PETRA. No perdamos la ocasion.
DIEGO. Tú estrenarás el manton.
PETRA. Sí, sí, que hace mucho frio.
DIEGO. Si esta vez se nos escapa...
PETRA. ¡Otro invierno de soltera!...
DIEGO. Eso nunca!
PETRA. ¡Que siquiera
no se apolille tu capa!...

DIEGO. No llevo tal intencion,
el tiempo se me hace eterno.
PETRA. Luciremos este invierno
tú la capa y yo el manton.
DIEGO. Toca, en mi suerte confio. (Se dán la mano.)
PETRA. Y yo en nuestra boda, Diego.
DIEGO. Con capa, estaré hecho un fuego. (Vase.)
PETRA. Con manton ¡ que venga frio !
(Vase por el fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D.ª AMBROSIA, ISABEL, D. TADEO.

AMBROS. ¿Eso te dijo el agente?
TADEO. Eso, que luego vendrian:
y por si no te gustaban,
ha hecho nuevas pesquisas
y tiene otros tres dispuestos
para que entre ellos elijas
dentro de un plazo muy breve,
que serán dos ó tres dias.
AMBROS. ¿Y no te dió pormenores
acerca de sus familias?
TADEO. Nombres tienen casi todos
de personas conocidas,
y ellos te dirán al punto
los pormenores que exijas.

AMBROS. Si alguno de de ellos pudiera
causar á Canuto envidia,
me daré por satisfecha,
y la boda ajustaria..

ESCENA II.

DICHOS. PETRA.

PETRA. Señora...
AMBROS. ¿Qué ?
PETRA. Hay un sujeto
que hablar á usted solicita.
TADEO. El número uno.
AMBROS. ¿Tú
le conoces ?
PETRA En mi vida
le he visto.
TADEO. Es un pretendiente.
AMBROS. Mas no te ha dicho ...
PETRA. Ni pizca.—
Es... así, naturalote ;
tiene una cara de risa,
y unas maneras muy francas,
y muy ancho de costillas.
No es mal mozo, y colorado,
eso si, como una guinda.
AMBROS. Que entre y veremos.
TADEO. Que pase.
PETRA. Entre usted. (Desde la puerta y vase.)

ESCENA III.

D.ª AMBROSIA. ISABEL. D. TADEO. PEDRO.

PEDRO. Muy buenos dias.
AMBROS. (¡Huy qué facha!)
PEDRO. Aqui estoy yo...

porque he vinío.

TADEO. Se entiende.

PEDRO. Otra ! tóo el qne pritende...

TADEO. ¿Usted pretende?...

PEDRO. ¡ Pues no !
Entonces ¿ á qué venil
medio volando, errengao ?... (Se sienta.)
¡ Válgame... lo que ha troteao
el siñor carro-ferril !

AMBROS. Usted vendrá de mi hacienda
de Aragon, supongo...

PEDRO. Agora
llego de allí; si, señora.
Vengo... á que usté me la venda.

AMBROS. Eso no.

PEDRO. La paga es fija:
aquí, en la pócha la tengo.

AMBROS. Gracias.

PEDRO. Pues intonces, vengo
á casarme con su hija.

TADEO. (¡Hola!)

AMBROS. Pero usted ¿quién es?
No nos has dicho su nombre,
ni quién...

PEDRO. Otra, no se asombre,
que ya lo sabrá dimpués.—
Tengo un patrimonio mio,
como usté; con dos rebaños,
como usté; y tóos los años
como usté mulas recrio.
Cuando la cosecha es güena
se vende bien el ganao,
como usté, y subo al contao
un caudal de Sariñena.
Ordio y judías recojo
como usté, y á mas la yerba
que usté gasta, y de reserva
tengo un prao y un restrojo.
No deseo otros caudales,
y como usté, en mis rediles
cuento las béstias por miles
y las onzas por cuartales.

Si mi voluntá se empeña
en comprarla á usté ahora
lo suyo, solo es, señora,
porque me hace falta leña.
Lo que es sú bosque, seguros,
sigun se encuentra en el dia,
vamos al dicir, valdria...
la verdá, muy pocos duros.
Yo en el precio no reparo,
la tasacion es muy alta;
ya sé que lo que hace falta
tiene que pagarse caro.—
He dicho mis pretinsiones
de compra; en el otro asunto,
vamos al dicir, doy punto
y escucharé sus razones.
Por otra parte, no escondo
mi nombre, por si es preciso:
yo me llamo Pedro Liso...

AMBROS. ¿Liso?

PEDRO. Si tal, y Morondo.—
Mas se le escurrió á mi agüela,
que me queria sin tasa,
el tenerme siempre en casa
y no mandarme á la escuela.
Aquel golpe temerario
vino luego en contra mía:
quedé solo, y no sabia
ni siquiera el silabario.
Era un zagalon con dotes
y queria adelantar...
pero no pude pasar
en seis años de palotes!
Aburrío y yá en el cuero,
triste, seco, moribundo,
por no hacer reir al mundo
tiré papel y tintero.

TADEO. Hizo bien.

PEDRO. Dejé un belen
que yo entender no podía;
pero dende el mesmo dia
las cuentas me salen bien.

AMBROS. ¿Sabe usted contar?
PEDRO. Las cuentas
yo con los déos las tomo;
y aunque parezgo algo romo,
ello és que suben mis rentas.
Estoy sano, colorao,
cómo bien, y duermo á gusto.
Solo un nombre me da susto
que llevo aquí atragantao!
AMBROS. No entiendo...
PEDRO. Allá... ponen motes.
AMBROS. ¿Y usté... (Sonriendo.)
PEDRO. Algunos me ponian.
AMBROS. ¿Si?
TADEO. Claro es, le llamarian...
Perico el de los palotes. (Rien.)
PEDRO. Otra, pues yo no lo he dicho.
TADEO. No, pero segun se esplica...
PEDRO. Pues eso es lo que me pica,
ese nombre.
AMBROS. ¡Qué capricho!
PEDRO. Lo sabe el pais entero,
y no me tropiezo modo
de traspasar ese apodo,
ni aun dando mucho dinero.
Me hace aquí el nombre cosquillas
y por tóas partes corre;
mejor llevára una torre
en metá de las costillas.
Pero en fin, tal como soy
con llaneza me presento;
si sirve mi decumento
corriente: sinó me voy.
AMBROS. Dispense usted si me esplico
con franqueza.
PEDRO. Quiá, al contrario;
así me gusta ¡canario!
diga, diga
TADEO. Bien, Perico.
AMBROS. Yo leo en su corazon
que es usted un hombre honrado.
PEDRO. Eso, si.

AMBROS. Muy aplicado,
si bien de escasa instruccion.
PEDRO. Nenguna.
AMBROS. Viviendo allí
donde tiene su caudal,
no lo pasaria mal;
pero, ¿y si viviese aquí?
PEDRO. Es que yo no viviria.
AMBROS. Sin que lo jure, le creo.
PEDRO. No dejo yo el perineo
por esta pinturería.
AMBROS. Hará usted perfectamente:
entre robles y ganados
se pasa bien, sin cuidados...
TADEO. Y como está entre su gente...
PEDRO. Lo mesmo el Retór me implica
si armamos esta contienda.—
Vamos ¿ me vende la hacienda ?
AMBROS. ¡ Ah ! no.
PEDRO. Pues venga la chica.
AMBROS. Tampoco.
PEDRO. ¿Con que es dicir
que usté no se dá á partio ?
AMBROS. No puede ser.
PEDRO. ¿ Y he perdio
el tiempo entre ir y venir ?
Si la venta no le peta,
porque razones tendrá,
mujer ¿ porqué no me dá
cuando menos la moceta ?
AMBROS. No se empeñe usted.
PEDRO. Me empeño
aunque armemos una riña.
De la hacienda ó de la niña
hoy quisiera ser el dueño.
AMBROS. Conozco sus buenas dotes ;
pero el mundo es muy zumbon.
No caso á mi hija con...
Perico el de los Palotes. (Movimiento de Pedro.)
Usted tiene muy buen fondo ;
pero me asusto al pensar
que yo pueda emparentar

con Pedro Liso y Morondo.

PEDRO. Pues llegamos hasta aquí; (Se levanta.)
la sencusa no coló,
no tengo la culpa yo
de que me llamen así.
Pero mi casta es muy sana,
y que lo sepa es preciso,
lo que es como Pedro Liso
no ha visto cosa mas llana.
Soy rebusto, y es en vano
que yo me quiera alabar;
lo dirá tóo el lugar
por boca del cerujano.—
En fin, á lo hecho pecho;
yá que no me dá esa prenda
¿quiere venderme la hacienda
y me marcho sastifecho?

AMBROS. Lo trataremos despues
en familia.

PEDRO. No me quejo.
Yo quisiera otro pellejo
de la cabeza á los piés.
Es el dicir, yo quisiera
ser el mesmo, y ser otro hombre:
es dicir, cambiar mi nombre,
vamos... por otro cualquiera.
He tenio mala suerte...
y están en la parizon
las crábas... vuelvo á Aragon;
vaya, con que. . cámpen fuerte.
Morondo y Liso me llamo,
pacencia, como ha é ser.
Señores, hasta mas ver,
yo contra naide reclamo.—
Lo rezan los papelotes,
uno, no puede ser dos.
Conque... Adiós.

TADEO. Vaya con Dios. (Sonriendo.)

PEDRO. ¡Soy Pedro el de los Palotes! (Váse.)

ESCENA IV.

D.ª AMBROSIA. ISABEL. D. TADEO.

TADEO. Bien por el número uno. (Se levantan.)
AMBROS. ¡Un animal de bellota!
TADEO. El á su modo, en su tierra,
come, se divierte y goza.
AMBROS. Vaya con Dios, y con tal
que Canuto no conozca...
TADEO. No está en casa, vá y deprisa
por la Concepcion Gerónima.
AMBROS. Respiro... ¡Qué pretendiente!...
¡Un palurdo!...—Es vergonzosa
la posicion que ocupamos.—
No me meterás en otra,
Tadeo.
TADEO. Pero, mujer,
cuando tú has sido la autora
de buscar en esa agencia...
AMBROS. Tú has aprobado estas cosas,
y las consientes y...
TADEO. Pero...
AMBROS. Ya se vé, tu nunca lloras
nuestras desgracias, yo soy
la que padezco...
TADEO. Quien te oiga,
dirá que tengo la culpa...
AMBROS. Pues, échamela á mi ahora.—
Es decir, el testamento
es quien la tiene... Esta obra (Lo saca.)
de don Roque, acabará
conmigo. Hoja por hoja
lo he de quemar, al instante
que se celebre tu boda.—
¡Perico el de los Palotes
atreverse!...
TADEO. Como ignora
lo que es el mundo y la corte
y hasta las sociales formas.

no es estraño....

AMBROS. ¡ Ay ! qué Perico
tan animal y tan pósma !

ISABEL. Pues yo he pasado un buen rato,
y si usted no se incomoda,
le diré que el tal Morondo,
de inteligencia moronda,
muy apropósito fuera
para tirar de una noria.
El cuenta á miles las bestias
y no cuenta su persona.
Estaria muy gracioso
de frac, con guantes y botas.

TADEO. Nada, tomémoslo á risa.

AMBROS. Y si fuese una tramoya
de Canuto ?

TADEO. Nó es posible
que él se meta en esas cosas.

AMBROS. Pero el agente....

TADEO. El agente,
á mi parecer, esplora
no calidades, sino
riquezas; esto es, la mosca. (Señala dinero.)

AMBROS. Siento un dolor de cabeza...
como estoy tan achacosa!
Ademas, la sangre acude
á la garganta y me ahoga.

TADEO. Tranquilízate, no pienses
mas que en tu salud.

AMBROS. La pócima
que he tomado está mañana
no es calmante, que es ponzoña.

TADEO. Acuéstate.

AMBROS. Estoy tan débil...

TADEO. Pues que te hagan unas sopas
de ángel ó una gelatina
ó una chuleta...

ESCENA V.

DICHOS. PETRA.

PETRA. Señora?..
Un caballero, que no
ha dicho como se nombra,
pide permiso...
AMBROS. ¿Qué facha
tiene?
PETRA. Trae baston con borlas,
y anteojos.
TADEO. Pretediente
de fijo.
AMBROS. Si me incomoda,
es muy fácil que el baston
en las costillas le rompa.
PETRA. Habla muy bien, me ha contado
yo no sé cuantas retóricas
sobre el matrimonio; dice
que la invencion de hacer bodas
proviene de allá... muy lejos.
TADEO. Vaya, entonces se remonta
á las nubes.
PETRA. Justamente
de nubes hablaba ahora;
del diluvio y de Noé...
TADEO. ¿Y no nombro la paloma?
PETRA. Tambien, y luego un sarmiento,
y despues cogió una mona
el pobre Noé... ¡Ay qué risa!
AMBROS. Pues si nos habla de historia,
ya estamos frescos.
TADEO. Si empieza...
AMBROS. Con la palabra en la boca
le dejaré.
PETRA. Curaciones
dice que ha hecho asombrosas.
AMBROS. ¿Será médico?
PETRA. Sin duda.
TADEO. ¿Gafas y baston? Ambrosia,

es médico, de seguro.
AMBROS. Veremos qué tal se porta.
PETRA. ¿Qué le digo?
AMBROS. Bien, que pase. (Se sientan.)
PETRA. (¡Dios tino en su lengua ponga!) (Aparte.)

ESCENA VI.

D.ª AMBROSIA. ISABEL. D. TADEO. EL DOCTOR

DOCTOR. ¿Es doña Ambrosia Buendía
á la que tengo el honor...
AMBROS. Servidora...
DOCTOR. Soy doctor...
AMBROS. ¿Si?
DOCTOR. Doctor en cirujía
y medicina.
TADEO. (¡Que insulso!) (Aparte.)
DOCTOR. Pero ahora que bien reparo,
tiene usté el semblante raro;
á ver, á ver, venga el pulso.
AMBROS. No estoy buena.
DOCTOR. Pulso tardo,
mareos, debilidad...
AMBROS. Claro, esa es mi enfermedad;
si lo tengo dicho.
DOCTOR. Aguardo.
Hay síntomas de tristeza,
melancólia. ..
AMBROS. Conviene
con lo que siento.
DOCTOR. Usted tiene
ahora dolor de cabeza.
AMBROS. Bastante.
DOCTOR. Siente además
inapetencia extremada.
AMBROS. Justo.
DOCTOR. Y á usted no le agrada
quejarse.
AMBROS. Jamás, jamás!
DOCTOR. Sentirá algun dolorcillo
sordo, pertináz, y qué...

subiendo vá desde el pié
hasta el mismo colodrillo.

AMBROS. Si, señor.

DOCTOR. De varios modos,
de la luna en los menguantes,
tendrá los nervios tirantes
y le crugirán los codos.

AMBROS. Si, señor.

DOCTOR. Si se maréa,
cuando rocobra el sentido,
tendrá bastante fluido
por la humana chimenéa. (Señala la nariz.)

AMBROS. Es cierto.

DOCTOR. Síntomas hallo
para mi desconocidos.

TADEO. ¿Si?

DOCTOR. Le zumban los oidos.

AMBROS. Verdad.

DOCTOR. Y le duele un callo.

AMBROS. Exacto, y por esta pierna
siento un...

DOCTOR. Calor.

AMBROS. Justamente.

DOCTOR. Está suficientemente
tratada la parte interna. (Deja la mano.)
Algunos escalofrios;
luego dejadéz, pereza.

AMBROS. Eso.

DOCTOR. Hirviendo la cabeza...

AMBROS. ¡Me abrasa!

DOCTOR. Y los piés muy frios.

AMBROS. Tambien.

DOCTOR. En esta ocasion,
salvo la melancolía,
tiene usted lo que tenía
aquel negro del sermon.

AMBROS. ¿Tomar algo necesito?

DOCTOR. Estudiaré ese semblante;
pero hablemos un instante
mientras la observo y medito.— (Se sienta.)
Demos por cosa pasada
el registro de la ciencia,

y pues vengo á su presencia,
tratemos de mi llegada.

AMBROS. Empiece usted.

DOCTOR. Llevo ufano
un noble objeto al presente:
yo vine esclusivamente
á pretender esta mano. (Señala á Isabel.)

AMBROS. Méritos y cualidades.

DOCTOR Tengo una mediana renta
y voy á cumplir cuarenta
las próximas navidades.
Es decir, sobre mis lomos
llevo, y así no habrá riña;
dobles años que esta niña;
esto es, su edad en dos tomos.
Soy médico y con acierto,
á enfermos mil he tratado,
nunca, á ninguno he matado
porque ellos solos se han muerto.
Y es tal mi adquirida fama,
ahora de ella estoy gozando,
que si no está agonizando,
ningun enfermo me llama.
Entonces, si, con mi apoyo
y la práctica adquirida,
ó le doy pronto la vida
ó pronto le abren el hoyo.
Yo no les hago sufrir,
ni me ando con paliativos;
en breve ó les doy por vivos
ó me los dejo morir.
Quizá alguno habré matado;
pero lo que es hasta ahora,
yo le juro á usted, señora,
que nadie se me ha quejado!—
Mis recetas ván por dias
como un sistema concreto;
los pares siempre receto
sanguijuelas y sangrías.
Pero si el mal lleva espuelas
y apresura sus acciones,
receto, los dias nones,

sangrías y sanguijuelas.
Por estos medios tan cuerdos
y estas recetas sin saña,
he corrido media España...
y en toda dejo recuerdos!
Solo en algun caso atróz,
de necesidad urgente,
yo le preopino el paciente
sangrías y agua dé arróz.

AMBROS. Pero esta melancolía,
este malestar que siento...

DOCTOR. Esto se cura al momento.

AMBROS. ¿Cómo?

DOCTOR. Con una sangría.

TADEO. (Suelta te la deben dar.)

AMBROS. ¿Y este dolor que me puede...

DOCTOR. Sanguijuelas si no cede.

TADEO. (Este hombre la vá á matar!)

AMBROS. Mi cabeza no se enfría,
con dificultad resuello...

DOCTOR. Sanguijuelas en el cuello
y despues otra sangría.—
De mi sistema enterada
y mi objeto conocido,
yo señora me despido
si no se le ocurre nada.— (Se levanta.)
Impaciente y sin ventura
su resolucion espero,
porque, francamente, quiero
saber mi suerte futura.
Antes que termine el dia,
como doctor le aconsejo,
que le abran á usté el pellejo

TADEO. ¡Hombre!...

AMBROS. Ya sé, la sangría.

DOCTOR. Si el mal pasase á las muelas,
como creo cosa fija,
no hay cuidado, entonces hija
un golpe de sanguijuelas.
Y si la fiebre feróz
su débil cuerpo acalora,
tome cada media hora

una horchatita de arróz.
Su mal de usted es muy serio,
pero la cura.... es segura;
si no, que llamen al cura
y á curarse al cementerio.
La ocasion la pintan calva:
lo diré... todo combulso;
á quien yo le tomo el pulso
se muere. .

AMBROS. ¡Ay!

DOCTOR. Si no se salva.—
Detenerme mas no puedo
porque me espera otra cita.
Nunca ha hecho una visita
tan larga el doctor Sangredo.
(Saluda y se vá por el fondo.)

ESCENA VII.

D.ª AMBROSIA. ISABEL. D. TADEO.

TADEO. ¡Sangredo ... que adquisicion!... (Se levantan.)
Este es el doctor famoso...

AMBROS. Pues mira, ese hombre me gusta,
no digo que para novio
de Isabel; pero le encuentro
muy racional.

TADEO. Si es un loco,
que ha matado mas pacientes
que hojas tienen los olmos
de Aranjucz.

AMBROS. Por mas que digas
yo le encuentro muy juicioso,
y me acertó en el instante
mi enfermedad.

TADEO. ¡San Ambrosio!

AMBROS. Y tocante á sus remedios
son eficaces y prontos.

TADEO. Ya lo creo.

AMBROS. En medicina
el que mas sabe es un topo.

TADEO. Muger ¿que dices?

AMBROS. Yo tengo
en la garganta un estorbo,
y me duele la cabeza,
y me hacen daño los ojos,
y en fin, yo quiero sangrarme,
de lo contrario me ahogo.

TADEO. Muy bien, el doctor Sangredo
te matará en un periodo
muy breve.

AMBROS. Ami me incomoda
el callo, el ojo de pollo,
y aqui, en la rodilla izquierda
y tambien cerca del hombro
derecho, siento dolores
que el doctor llamaba sordos.
Me aplicaré tres docenas
de sanguijuelas.

TADEO. Y es poco
para tanto mal: Sangredo
te ha entrado á ti por el ojo.

AMBROS. Es natural que á sus años
quiera buscar acomodo;
pero aunque vá siendo viejo,
es simpático y gracioso,
y me rei cuando dijo
aquello de los dos tomos.—
Yo no le daré á mi hija,
por supuesto, en matrimonio:
pero haré que me visite
y con su plan patológico,
espero curar en breve
mis achaques.

TADEO. O ir al hoyo.

AMBROS. Me gusta Sangredo más,
muchísimo mas que el otro.

TADEO. El agente se ha lucido
con los dos primeros novios.

AMBROS. Cuando menos son muy francos
y nada de vanidosos.
¿Qué dices tú, Isabelita?

ISABEL. Yo digo que me conformo
con lo que ustedes dispongan:

pero, la verdad, conozco
que es un animal Perico
y que Sangredo es un tonto.

TADEO. Tienes razon.

ISABEL. Yá veremos
cuando se presente el mózo
que falta...

TADEO. Tal vez convenga,
qué sabemos ?...

AMBROS. No me opongo
á cuanto decis: me afano
por salir de estos embrollos.

TADEO. Desengáñate, Juanito
es el único apropósito...

AMBROS. Y si no quiere Canuto,
¿qué he de hacer yo ?

TADEO. Pues él solo
nos haria venturosa
á nuestra Isabel. Sus ojos
me dicen que no me engaño.

AMBROS. Tadeo, no seas plomo;
los siete sabios de Grecia
no convencen á ese monstruo !
Se empeña en que ha de vivir
aqui mismo, con nosotros...

TADEO. Y bien que viva...

AMBROS. Eso es.
querrá ser dueño de todo,
y dispondrá si se almuerza
á las once o á las ocho ;
y contará los garbanzos
del puchero, y hará acópio
de judías y patatas
para el invierno ; y nosotros
estaremos á pupilo
en su casa; y en un pronto
de los que me dán, cegada
por la ira y el enojo,
le romperé la cabeza
ó le atracaré de ópio !
Las consecuencias calcula,
y mira á lo que me espongo.

TADEO. Si te dá tan fuerte...
AMBROS. Tú,
no sabes que ese demonio,
se goza en hacer rabiar
al género humano!
TADEO. ¡Cómo!

ESCENA VIII.

DICHOS. PETRA.

PETRA. Señora, otro pretendiente,
y me parece muy guapo.
Listo como una centella,
elegante, bien portado;
con unos ojos muy vivos
y un lunar cerca del labio
y próximo á la megilla
que le hace una gràcia... vamos,
á fé de Petra Rengifo
que el tal hombre me ha gustado.
AMBROS. Si es asi...
PETRA. Ni mas, ni menos.
TADEO. Puede que alguno entre tantos...
AMBROS. ¿Es jóven?
PETRA. ¡Oh! si, señora.
Lleva un pañuelo encarnado
por corbata, que le está
sobre aquel chaleco blanco
¡que hasta alli!
TADEO. (Algun lugareño) (Aparte.)
PETRA Segun su mismo relato,
tiene un pero.
AMBROS. ¿Un pero?
PETRA. Vaya,
y un pero muy abultado.
AMBROS. ¿Joroba, relajacion?..
Ea, cuenta ese milagro.
PETRA. Que se duerme veintitrés
horas, de las veinticuatro
que tiene el dia y la noche.

AMBROS. ¿Y eso que?
PETRA. Que estará falto
de sueño.
AMBROS. ¿Pues no es tan listo?
PETRA. ¡Oh! sí señora, un relámpago.
AMBROS. Por dormir...
PETRA. Si está durmiendo
los doce meses del año,
me parece que no sirve
ese hombre para casado.
AMBROS. Miren que le falta puso...
Los maridos mentecatos,
que duermen y que obedecen
lo que nosotras mandamos,
esos nos hacen felices,
esos son hoy muy estraños,
y esos como están en casa
no hacen infructuosos gastos;
y aunque suelen ser glotones,
no se ván á picos pardos.
PETRA. Entonces le digo...
AMBROS. Sí,
que entre, franquéale el paso. (Se sientan.)

ESCENA IX.

D.ª AMBROSIA. ISABEL. D. TADEO. VILLADIEGO.

Al pasar Villadiego dirige á Petra que sale, los cuatro primeros versos; despues se retira Petra.

VILLAD. Pensando si no volvias
(Con viveza, sin precipitarse demasiado.)
y ya de impaciencia loco,
lo que es si tardas un poco
no hay mas, yo tomo las mias.—
Señora á los piés de usté;
esto es, á sus piés estoy,
y muy rendido. Yo soy...
soy... un hombre.
AMBROS. Bien se vé.
VILLAD. Mas soy tambien al presente,

aunque decirlo escusara
porque lo dice esta cara,
soy, señora... pretendiente.
Usted habrá comprendido
todo lo que yo pretendo;
nada de empleos...

AMBROS. Si, entiendo.

VILLAD. Soy... pretendiente á marido.—
Inspirando simpatías
se me dice sin reparo:
si no, se me habla muy claro
y al punto tomo las mias.

AMBROS. Las suyas no sé que son,
ni comprendo ese embolismo.

VILLAD. Déjeme usted por lo mismo
terminar mi esplicacion.—
Señora, tengo un pasar;
para la corte es un pico:
es decir, que yo soy rico
cuando vivo en mi lugar.
Y aunque en el pueblo me sobre
siempre aquí me faltaría,
por consiguiente sería
viviendo en Madrid, un pobre.
Busco, y esto es muy honroso
puesto que á nadie importuna,
que acreciente mi fortuna
un enlace ventajoso.
Con esto, feliz me creo
y á caza de gángas voy,
porque, la verdad, no soy
ni mal mozo, ni muy feo.
Vivo, tal es mi sentir,
y así la vida me agrada,
para no hacer nunca nada
mas que comer y dormir.
Me maneja un mayordomo,
nada sé del capital
ni sé si está bien ó está mal;
yo duermo cuando no como.
Aunque le parezca incierto,
duermo y vigilo al contado;

si un ojo tengo cerrado,
el otro le tengo abierto.
Y como son dos persianas
yo las igualo en trabajo;
la que por las noches bajo,
la subo por las mañanas.
Y las noches y los dias
estoy tan apercibido,
que en cuanto siento ruido
señora, tomo las mias.

AMBROS. Pero esas suyas ¿qué son?

VILLAD. Las que me achacan á mí.

AMBROS. Yo quiero saber...

VILLAD. Así
que acabe la discusion.—
He dicho mis cualidades
y conoce mis cimientos;
yo busco los casamientos,
mas quiero comodidades.
Sin trabas ni algarabías
ó se me despacha ó no;
siendo lo primero, yo
señora, tomo las mias.

AMBROS. Las toma usted cada instante.

VILLAD. Segun se presenta el caso,
ó me caso ó no me caso...

AMBROS. Bien, siga usted adelante.

VILLAD. No me gusta molestar,
ni que me traten de intruso;
un pecado es el abuso,
y yo no quiero pecar.
Mis abuelos, mucho antes
que yo, tomaban el trote;
así lo dice el Quijote
y no mentia Cervantes.
Soy además impaciente
y esto pesares me cuesta,
conque, espero su respuesta
en la casa del agente.
Y nada de tonterías,
dígalo usted sin cuidado
y... bastante hemos hablado.

Abur, yo tomo las mias. (Váse.)

AMBROS. ¡Jesus que desasosiego
de hombre!

VILLAD. ¿Qué, usted me llama?
(En la puerta.)

TADEO. No le llama, es que se esclama.

VILLAD. Creí escuchar Villadiego,
y al punto acudí al reclamo.
Abur.., (Yéndose.)

AMBROS. Pero oiga usted, hombre;
sepamos cual es su nombre.

VILLAD. Yo, Villadiego me llamo.

AMBROS. Por eso tomaba las...
suyas...

VILLAD. Si...

AMBROS. Váyase luego,
y aqui, señor Villadiego,
no ponga los piés jamás.

VILLAD. (Ván diez y ocho calabazas
en término de dos meses.)—
Abur! (Se aleja.)

AMBROS. Con tantos reveses
de curarme no hallo trazas.
¡Esta cabeza es un fuego!...

VILLAD. ¿Me llamaba usted, señora? (Presentándose)

AMBROS. ¡Otra vez!

VILLAD. Lo que es ahora
claro sentí Villadiego.

AMBROS. ¡Insolente! usted propasa
yá los límites marcados
del decoro; mis criados
le arrojarán de mi casa!

VILLAD. Señora, yo á nadie insulto;
con esas insinuaciones,
siempre apelo á los talones:
es decir, escurro el bulto.
Qué quiere usted, son manias,
no hay quien en contrario arguya,
cada cual tiene la suya,
yo tambien tengo las mias.
Pero el mundo, que es muy ciego,
cuando qualquiera se vá,

al punto dice :— «ese yá
tomó las de Villadiego.»—
Sin considerar... ¡ nó es nada !
mi prudencia lo denota,
que es mejor que una derrota
una franca retirada.
Abur : con esto se esplica
mi manera de pensar.
No cesaré hasta encontrar
otra novia... pero rica.
Y entre tanto, una persiana
siempre abierta, á igual trabajo.
¿ Vé usted ? la que ahora me bajo,
me la subiré mañana.
Yo fundo mis alegrias
en hacer lo que hago ahora.
A los pies de usted, señora...
Al cabo tomo las mias. (Vase.)

ESCENA X.

D.ª AMBROSIA. ISABEL. D. TADEO.

AMBROS. ¡ Ay ! no vivo ni tres dias ; (Se levantan.)
en pié tenerme no puedo...
Llamad al Doctor Sangredo
que me haga un par de sangrias.
Mi mal parará en demencia,
y en medio de tanto apuro,
quedarem os de seguro,
sin la mitad de la herencia.—
Ese Canuto, yo creo
que de esta intriga es autor...—
Vámonos, me entra un sudor...
Dame tu brazo Tadeo.
TADEO. Serenate.
AMBROS. Estoy tan mal...
Siento como calentura. (Yéndose.)
TADEO. No temas, eso se cura
con el mas simple cordial. (Vánse.)

ESCENA XI.

ISABEL. PETRA.

ISABEL. ¿Petra? (Desde la puerta.)
PETRA. Señorita. (Entrando.)
ISABEL. Bien
se ha portado.
PETRA. Yo he reido
como nunca.
ISABEL. Lo ha fingido
como no esperaba.
PETRA. ¿Quién
le conoce tan cambiado?
A no estar yo en el secreto,
seguramente el sugeto
á mi me habria engañado.
ISABEL. ¡Oh! tu tambien te has lucido.
PETRA. En cuanto estuvo á mí alcance.
ISABEL. ¿Qué tal saldremos del lance?
PETRA. Bien, nos protege Cupido.
ISABEL. ¿Llegó la modista?
PETRA. Aun no.
ISABEL. Avisame en cuanto venga,
¿entiendes? (Se dirige á sus habitaciones.)
PETRA. Usted no tenga
cuidado, que aqui estoy yo.

ESCENA XII.

PETRA. DIEGO.

DIEGO. Petra, no pierdas minuto,
fuera la modista espera.
PETRA. ¿Si?
DIEGO. Y al pié de la escalera
se encuentra ya don Canuto.
TADEO. ¿Petra?... (Dentro.)
PETRA. Llama don Tadeo.

DIEGO. Que espere.
TADEO. ¡ Chica ! (Dentro.)
PETRA. Habrá riña.
DIEGO. Si don Canuto escudriña,
si que nos manda á paseo.

ESCENA XIII.

Dichos.—D. TADEO.

TADEO. ¿ No oyes que llamando estoy ? (A Petra.)
PETRA. Si, que usted llama, cabal.
TADEO. Ambrosia pide nn cordial...
PETRA. Corriente, á traerlo voy. (Vase.)

ESCENA XIV.

D. TADEO.—DIEGO.

TADEO. Con vuestros locos amores
nada haceis sino charlar !
DIEGO. Es que...
TADEO. No tienes lugar
ni aun para regar las flores !
DIEGO. Ese maldito Ginés,
el jardinero, es tan bruto.. .
(Váse por el cierro de cristales.)

ESCENA XV.

D. TADEO.—D. CANUTO.

(D. Canuto entra precipitadamente y con la mayor alegria y dá un abrazo á don Tadeo. El sombrero algo tirado atrás y el trage un poco descompuesto.)

CANUTO. ¡ Tadeo !... chico ! (Le abraza.)
TADEO. ¡ Canuto !...
CANUTO. ¡ Tres novias !... Ya tengo tres !...
TADEO, ¿ Estás loco?

ESCENA XVI.

Dichos.—PETRA.

PETRA. Aquí está el pote.
(Con taza y plato.)
CANUTO. Si, loco, mi buen Tadeo.—
Y ni un solo rostro feo...
Y las tres... con muy buen dote!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN. PETRA.

PETRA. Si la ocasion aprovecha,
mis amos están durmiendo
y salió la señorita
con el sabido pretesto
de pasar la tarde en casa
de la Vizcondesa Nueros
su amiga. Yo estaré alerta
por si llamáran los viejos;
pero ¡por Dios!, señorito,
mire usted que vuela el tiempo.
Si doña Ambrosia despierta
y sale aquí ¡ estamos frescos!

D. JUAN. Diego le ha entrado una carta
á mi padre.

PETRA. Aquí está Diego.

ESCENA II.

D. JUAN. PETRA. DIEGO.

DIEGO. Se la tragó.
PETRA. ¿Qué ha tragado?
D. JUAN. ¿La carta?
DIEGO. Cá, no, el anzuelo.—
Le llama á usted.
D. JUAN. Aquí estoy.
Vosotros á vuestros puestos.
DIEGO. Se entiende.
D. JUAN. Y mucho cuidado,
no hagas el papel del necio.
DIEGO. Haré cuanto usted me ha dicho.
D. JUAN. Exactamente.
PETRA. Eso, eso.
D. JUAN. Animo.
PETRA. A mí no me falta.
DIEGO. Tampoco yo tengo miedo.
(Vanse Petra y Diego, fondo.)

ESCENA III.

D. JUAN. D. CANUTO.

D. JUAN. Ya está aquí mi señor padre.
CANUTO. Juan, te buscaba. Al momento
van á presentarse ¿entiendes?
Aqui me esplica un misterio (Una carta.)
el agente, por si acaso,
para que no eche de menos
ciertas fórmulas. Vendrán
acompañadas, es cierto;
mas subirán solamente
las pretendientas. Yo creo
que en esto ganamos mucho
porque escusamos enredos
de padres y de parientes
siempre enojosos.

D. JUAN. Convengo.
CANUTO. La hora es muy oportuna,
ya está prevenido Diego,
y se han acostado á hacer
la siesta Ambrosia y Tadeo.
La niña, segun me han dicho,
está fuera.
D. JUAN. Si, salieron
ella y Petra.
CANUTO. Todo viene
á medida del deseo.—
Dejó mandado don Roque,
y su voluntad respeto,
que en esta sala, comun
á ambas familias, expuestos
fuesen antes de la boda
los novios : y aqui en consejo
determinásemos cuanto
nos acomodase. Entiendo
que se han de firmar aquí
los contratos ; y aun preveo
que no estaría demás
levantar un acta luego
y que dé fé el escribano
de cuanto aqui se haya hecho,
para que no nos enreden
acaso mas tarde en pleitos.
D. JUAN. Es verdad.

ESCENA IV.

Dichos.—DIEGO.

DIEGO. Señor, aqui
pregunta con mucho empeño
una jóven por usted.
CANUTO. ¿Es bonita?
DIEGO. ¡Como un cielo!
CANUTO. Que entre.
DIEGO. Como vá cargada
de chismes y de muñecos...
CANUTO. ¿Y á ti qué te importa?

DIEGO. Digo...

CANUTO. Que pase y pronto veremos.

ESCENA V.

D. CANUTO. D. JUAN. LOLA.

(Lola entra empujando un cochecito cargado de muñecos y tirado por un caballo, haciéndole volcar en medio de la escena.)

LOLA.
Arre, Edipo... Aprisa... aprisa... (Vuelco.)
¡ Adios !... el coche has volcado...
Hijito ¿ te has lastimado ? (A un muñeco.)
No ? pues échame una risa.
¡ Huy, qué mono !... y qué traviesos
esos ojitos... ¡ mi encanto !
¡ Jesús ! si te quiero tanto,
que te comeria á besos !—
Siéntese usted, Manolito, (Lo sienta.)
mientras los demás recojo.
Calla, y tú has perdido un ojo
en la refriega, Agapito.—(Enseña un mono.)
La cocina en confusion,
se le ha roto el fuelle al muelle;
y como no sopla el fuelle
se ha descompuesto el fogon.—
Ni Romeo, ni Julieta (Dos figuritas.)
tuvieron hoy averia.
Lola Montes, hija mia, (A una muñeca.)
¡ te se ha roto la peineta !—
El teatro está desierto,
no hallo los espectadores !..,
aqui están los bastidores
de la escena de Roberto.—
Han perdido ¡ suerte fiera !
con el vuelco, en este instante,
los libros el Estudiante (Una figura.)
y la lengua la Frutera. (Otra.)
Pero la cuerda está sana,
entonces bien, ¡ alegria !
Saltemos, que todavia
no he saltado esta mañana.—
»Me gustan todas, (Salta y canta á la vez.)

me gustan todas .. etc.

CANUTO. Saltas admirablemente.

LOLA. ¡ Ay !

D. JUAN. ¿ Qué es eso, niña ?

LOLA. ¿ Qué ?

¡ Vaya un susto !... no pensé
que hubiera aqui tanta gente.
Como entré de sopeton,
y el vuelco,.. me creí sola.
Con la peineta de Lola
y luego el pobre fogon...—
Mi papá me ha prohibido
que juegue, dice que soy
una mujer y que voy
muy pronto á tener marido.

CANUTO. Pues si te dá esas razones
y tú á jugar no te atreves,
¿ porqué permite que lleves
todavia pantalones ?

LOLA. ¿ Qué se yo ! pero se enfada;
dice que el jugar desdora;
¿ no es mejor que juegue ahora
que no despues de casada ?
Ademas, el otro dia,
cuando de casa bajaba,
yo le atisbé, que jugaba
con la que vá á ser mi tia.
Ella corria de veras:
él detrás... ¡ y cada brinco !...
Bajaron de cinco en cinco
las treinta y dos escaleras.

CANUTO. Ja, ja...

LOLA. A usté, amigo mio,
¿ no le gusta una muchacha,
asi, alegre, vivaracha...
Se rie.. yo tambien me rio.—
La verdad, nunca esperaba
ver un señor tan amable,
tan bueno, tan respetable... (Zalamería.)
¡ que se le cae la baba !...

CANUTO. Ciertamente... ¿ habrá loquilla ?

LOLA. ¿ Qué tal le parezco ?

CANUTO. Bien.
LOLA. Gracias. Vamos... ¿ y de quién
voy á ser yo la costilla ?
CANUTO. De mi hijo, es cosa clara:
digo, si él...
LOLA. Lo doy por hecho.
¿ No vé usted que satisfecho ?...
Se le conoce en la cara.
CANUTO. (Vaya, la niña promete.)
LOLA. Verá usted, dentro de poco,
si me adora ¡ como un loco !
Luego con mis diez y siete...
y mi cariñoso trato...
¡ y otras cosillas !...
CANUTO. Convengo.
LOLA. Es que dicen que yo tengo
muchísimo garabato.—
¿ Qué es garabato ?
CANUTO. Yo infiero,
aunque no está definido,
que es un gancho tan torcido
como el gáncho del trapero.
LOLA. ¡ Qué dice usted ?
CANUTO. No te asombres.
LOLA. Desde ahora lo desengancho.
CANUTO. No, mira, sirve ese gáncho
para prender á los hombres.
LOLA. ¡ Caramba !... no lo sabia
y me coge de sorpresa.
Conque si el gáncho hace presa
se dice : esta presa es mia.
CANUTO. Pues claro.
LOLA. Eso es diferente.
¡ Miren el muy bribonzuelo !...
¿ Conque el gancho es un anzuelo ?
CANUTO. Cabál.
LOLA. Lo tendré presente.—
Pero estoy loca ¡ Dios mio !
olvidaba lo mejor.
¿ Es decir que usted, señor,
pronto será padre mio ?—
Paséemos, venga el brazo ; (Lo hacen)

hablemos... de lo futuro.
A su vida, de seguro
le voy á alargar el plazo.

CANUTO. Ja, ja...

LOLA. Y despues... ¡ friolera !
me queria usted... ¡ no es cosa !
Si una mano cariñosa
domestica á una pantera.
El que pronto se arrebata
no sirve para marido...—
¡Jesús! lleva usted torcido
el lazo de la corbata.— (Se lo arregla)
Pasa una vida cruél
y tormentos muy atroces;
nada, en lugar de dar voces,
muchas caricias en él.
Asi cuando yo estudiaba
los libros me lo decian,
claro, porque ellos sabian...
¡que se le cae la baba!... (Se la limpia.)

CANUTO. Y no es ya la vez primera;
pero el cielo me es testigo...

LOLA. ¿Quiere usted bailar conmigo
ahora mismo una habanera?

CANUTO. No sé bailar.

LOLA. ¡Qué simplon !
Diga lo que mas le agrada,
lo haremos.

CANUTO. No sé hacer nada.

LOLA. ¿No? por fuerza es regañon.

CANUTO. ¿Quién te ha dicho?...

LOLA. Lo acerté.
Quien no hace nada en el mundo,
tonto ó de génio iracundo;
y tonto no lo es usté.—
Recojo los aparejos:
ayude y Dios le bendiga. (Lo hacen.)
Siempre han hecho buena liga...

CANUTO. ¿Quién?

LOLA. Los niños y los viejos.—
Toquemos á retirada,
puesto que aquí no me dan

ni un trozo de mazapan,
ni un poco de mermelada.

CANUTO. Eres golosa, lo infiero.

LOLA. Ahí es nada lo del ojo!...
Moneda que yo recojo
vá al cajon del confitero.
Si me gusta ir con mi tia,
aunque tiene el genio duro,
es porque entramos, seguro,
en una confitería.
Ella se pone á hacer dengues,
de todo pica un poquito;
mas yo el ataque limito
á destrozar los merengues.
No termina, por supuesto,
aquí mi terrible estrago,
despues del bolsillo hago
un formidable repuesto.
Voy sacando á mi albedrío,
con fortuna tan escasa,
que cuando llego á mi casa
entra el bolsillo vacío.
Arre, Edipo... ¿Usted verá (Ya con el coche.)
á mi papá?

CANUTO. No lo niego.

LOLA. Pues no le diga que juego,
porqué se incomodará. (Vá y vuelve.)
Arre, caballo...—Otra cosa
de sus bondades espero.—
No diga usted, caballero,
á nadie... que soy golosa.

CANUTO. Está bien, ya me hago cargo...

LOLA. Porque siempre la malicia... (Vá y vuelve.)
Mañana... segun noticia...

CANUTO. ¿Qué?

LOLA. Me vestirán de largo. (Váse.)

ESCENA VI.

D. CANUTO. D. JUAN.

CANUTO. Já, já!... qué graciosa, y qué
disposicion tan marcada....
Me ha embobado, me ha tenido
pendiente de su palabra,
y con tanta boca abierta...
¡Es un diablillo con faldas!
D. JUAN. Me gusta.
CANUTO. Y á mí me ha hecho
sobre todo mucha gracia.
D. JUAN. Es muy viva.
CANUTO. Y muy discreta.
D. JUAN. Si, promete.
CANUTO. Vaya, vaya!...—
El agente me ha esplicado
que el padre de esta muchacha
desea contraer segundas
nupcias, mas no se casa
hasta dejar á su hija,
como es justo, colocada.
Lleva el dote de la madre
que de diez mil duros pasa:
no es una bicoca...
D, JUAN. No.
CANUTO. Esta es la resultancia
de cuanto el agente sabe,
y me lo dice en la carta
que he recibido hace poco.
D. JUAN. ¿Ha dicho cómo se llama?
CANUTO. Lolita; mas su apellido
lo reserva por las causas
que á tí y á mí facilmente...
D. JUAN. Comprendo.
CANUTO. Se nos alcanzan.—
Esta niña en mi concepto
tiene la inmensa ventaja
de ser sola, pues su padre,

aunque no pueda olvidarla,
va á crearse otra familia
que sus cuidados reclama.

D. Juan. Tiene usted razon.

Canuto. Quisiera
que Ambrosia la viese, para
que comparase despues
con su hija: tan mimada,
tan insulsa, segun dicen;
sin saber una palabra
ni de hacienda, ni de aguja,
ni de sociedad... ¡las trazas
de su madre!

D. Juan. ¡Oh! no, que toca
el piano...

Canuto. Toca sin alma;
eso no es tocar. Mover
teclas, las mueve una araña.

D. Juan. Tiene buen físico...

Canuto. ¡Pchis!
Se encuentra algo mejorada;
dió en el colegio una vuelta,
que bien la necesitaba.
Mas no tiene travesura,
ni la picaresca gracia
de Lola; y últimamente,
yo soy franco, no me agrada.

D. Juan. Pero usted no la conoce.

Canuto. Si, la he visto por la espalda
alguna vez, cuando vino
del colegio, y otras varias...
y en fin, la he visto de niña
y entonces me repugnaba.
Luego esos viajes, y todos
á París, y siempre á Francia,
¿á qué? á vestirse de moda,
sin mirar lo que se gasta
en trapos y peregiles...
Te digo que es una maula.

D. Juan. No lo dudo; pero al menos,
como es de la misma casta.

Canuto. Pues mira que si de Ambrosia

maneras y génio saca,
ya está fresco el pobre diablo...

ESCENA VII.

Dichos.—DIEGO.

DIEGO. Señor, de llegar acaba
una señora, que quiere
hablar con usté.
CANUTO. ¿Esperanza
acaso?
DIEGO. Su nombre es ese.
CANUTO. Y vamos, dime ¿qué facha
presenta?
DIEGO. Muy elegante,
con mucho velo á la cara,
mucho aire, y mucho... pues,
mucho de todo en sustancia.
CANUTO. Hombre, pues si tiene mucho
de todo, no querrá nada.
DIEGO. No me ha dicho: tal vez quiera
conversacion de palabras
con usted, por lo demás,
venia muy espetada,
en una gran carretela
tirada por dos normandas...
CANUTO. Esta es la rica... que pase,
no la detengas ¡canalla! (Váse Diego.)
¡Esperar una señora...
y de posicion tan alta!...

ESCENA VIII.

D. CANUTO. D. JUAN. D.ª ESPERANZA.

(Don Canuto sale al encuentro de doña Esperanza que entra con gesto de disgusto y se levanta el velo.)

CANUTO. La torpeza del criado ..
ESPER. Que aguardára fué su intento. (Con enfado.)

CANUTO. No tal.

ESPER. Acerque un asiento... (Con imperio.)

CANUTO. Ya voy.

ESPER. Y está perdonado.

CANUTO. Gracias.

ESPER. Conservar encono
es propio de gentecilla.
Yo... sabe toda la villa
que pertenezco al gran tono.—(Se sientan.)
Enviudé por vez primera
de un asentista tacaño;
pero á poco mas de un año,
era ya una consejera.
Por entretener sus ócios,
y por ganar lo perdido,
se dedicó mi marido
con fortuna á los negocios.
Y... para acabar la prosa,
fué tan próspera mi suerte,
que se lo llevó la muerte
quedando yo poderosa.—
Trato, como es natural,
de abrir la campaña nueva,
que la viudez... no me prueba,
y sola... me encuentro mal.
Podria aspirar... á mucho,
á un título nobiliario...
pero juzgo innecesario
el excelencia...

CANUTO. (¡Qué escucho!)

ESPER. Como soy... de alto copete,
y rentas no solicito,
todo lo que necesito
es hallar un mozalvete.
Su hijo tal vez me cuadre...
Si, me agradará de fijo.
(Les mira alternativamente con los quevedos.)
Pues!... me gusta tanto el hijo...
como me disgusta el padre.

CANUTO. ¿ Qué dice usted ?

ESPER. Me he enterado
ya de sus rarezas.

CANUTO. Yo. .
ESPER. Pero como usted nació
allá... en el siglo pasado...
CANUTO. Mi facha asi lo atestigua,
mas soy posterior.
ESPER. No sé. (Clavándole los quevedos.)
CANUTO. Yo si.
ESPER. Pues bien, le diré
que está montado á la antigua.
Tiene usted génio arrogante,
siempre está mal humorado...
Yo le pondré, no hay cuidado,
mas suavecito que un guante.
CANUTO. Una niña...
ESPER. Esa no es cuenta.
D. JUAN. Pero el reto es importuno.
ESPER. He cumplido treinta y uno.
CANUTO. ¿ Si ? pues no los representa.
ESPER. Negar años, fuera en vano ;
luego... agregue á su placer :
plantándose una muger
en treinta y una de mano...
CANUTO. Creo que usted se equivoca.
ESPER. ¡ Ah ! no por desgracia mia !
CANUTO. Pues yo y cualquiera diria...
Ese color... esa boca...
ESPER. Todo el arte lo ha cambiado.
CANUTO. De la natura es mellizo.
ESPER. Se lleva... mucho postizo,
y no poco escayolado.
Una mujer no es distinta
en dos épocas legales,
con sus gracias naturales,
ó las gracias que se pinta.—
Dejo á un lado la hermosura
y del negocio tratemos.
CANUTO. ¿ Y qué quiere usted ?
ESPER. Qué hablemos...
CANUTO. Bien.
ESPER. De mi suerte futura.—
Pensé arreglar este trato
cómo en el dia está en moda ;

esto es, hacer la boda
por medio de mi retrato.
Pero atendí otras razones,
y para evitar un cisma,
dije : nada, iré yo misma
á arreglar las condiciones.

CANUTO. Bien hecho.

ESPER. En primer lugar,
en mi fortuna no escasa,
mandará su hijo, y en casa
le permitiré mandar.

CANUTO. ¿ Con su permiso ?

ESPER. Asi espéro
que administre...

CANUTO. ¿ De ese modo ?

ESPER. El será el dueño de todo...
pero yo tendré el dinero.

D. JUAN. ¡ Oiga !

ESPER. En cambio, y es seguro,
para sostener su brillo,
si echa mano, en el bolsillo
nunca ha de faltarle un duro.
Teatro, tabaco, café,
y algun gasto extraordinario...
Si, tendrá lo necesario
que un duro... ¡ yá se vé !

CANUTO. ¡ Hola !...

ESPER. Para ahorrar querellas,
que nos tengan en muy poco,
en mis criados tampoco
mandará, ni en mis doncellas.
Por supuesto, el cocinero
es tambien de cuenta mia...
Me olvidaba ¡ Ave Maria !
del lacayo y del cochero.
Salvas esas escepciones,
él mandará en los demás,
y por mi parte, jamás
le pediré esplicaciones.

CANUTO. Está muy bien ; de manera
que por lo que yo he entendido,
mandaria su marido

de usted... de puertas afuera.

ESPER. No, yo le alivio trabajo,
y en el buen orden estriva;
yo mando escalera arriba,
que él mande escalera abajo.

CANUTO. ¿A quién? ¿En esa ordenada
casa, existen mas vasallos?

ESPER. Ya lo creo, tres caballos...
y mucha paja y cebada.
Poca cosa es para usté,
segun piensa...

CANUTO. Suficiente
para el año.

ESPER. Justamente.

CANUTO. ¡Gracias á Dios que acerté!—
Y me parece muy bueno
todo lo que usted demanda.

ESPER. Está claro, él es quien manda...
pero yo soy la que ordeno.

CANUTO. Lo que usted busca, es un mono (Se levanta.)
que ande de aqui para allá...

ESPER. Qué dice usted?

CONUTO. Y será
la costumbre... de buen tono.
Razonables condiciones
son las que usted me presenta;
pero ni busco su renta,
ni apetezco sus millones.
Con el dinero se alcanza...
¡está el mundo tan perdido!
Usted hallará el marido
que busca, doñá Esperanza.
Pero si á mi hijo prefiere,
y su eleccion agradezco,
la tal boda no apetezco;
por mi parte no la espere.

ESPER. ¿Rehusa usted? (Se levanta.)

CANUTO. Si, rehuso.

ESPER. Me sobrarán ocasiones...
Despreciar hoy dos millones,
francamente, no está en uso.—
Yo tercera vez la valla

saltaré ¿ quién se arrepiente,
siendo un marido al presente
una especie de pantalla ?

CANUTO. ¿Eh?...

ESPER. Quiero decir...

CANUTO. Me asombra
tal pensamiento.

ESPER. ¿Si?

CANUTO. ¡Pues!

ESPER. ¿Luego el marido no es
un árbol que nos dá sombra ?

CANUTO. Eso, si.

ESPER. ¿Entonces?...

CANUTO. Se halla
diferencia sin embargo;
parece que envuelve un cargo
ese nombre de pantalla.

ESPER. ¿Da sombra ?

CANUTO. No es maravilla.

ESPER. Entonces no me lo esplico.

CANUTO. Tambien la dá el abanico.

ESPER. Justo, y tambien la sombrilla.

CANUTO. Y en fin, todo lo que tapa.

ESPER. Usted viene á mi terreno.
Un marido, cuando es bueno,
es... ¿qué diré yo?... una capa.

CANUTO. Capa... no, de ningun modo ;
tambien ofende al oido ;
se llamará un buen marido,
cuando sea un sobre-todo.

ESPER. Bien, elija usted el nombre,
me es indiferente ; pero,
yo para marido, quiero
lo que se llama un buen hombre.

CANUTO. Soy de esa opinion tambien,
si usted entiende por eso
un jóven de mucho seso...
en fin, un hombre de bien.

ESPER. Si, de bien.

CANUTO. Que en ciertos lances
busque salida...

ESPER. Al contado.

CANUTO. Y honrado ..
ESPER. Si, muy honrado,
pero de pocos alcances.
CANUTO. Tampoco á mi vez me esplico
el hombre que usted desea.
ESPER. Basta con que honrado sea...
CANUTO. ¿Pero que sea un borrico?
ESPER. No digo tanto; en razon,
para vivir á mi lado,
prefiero un hombre negado
á que sea un Salomon.
CANUTO. No he visto rareza igual,
mas su capricho respeto.
Hallará mas de un sugeto
que no sea racional.
ESPER. Me insulta su charla eterna
trasgiversando los nombres...
Yo quiero tratar con hombres
montados á la moderna.—
De mi altura descendia...
CANUTO. Señora, yo estoy muy alto!
ESPER. Pues le falta dar un salto
para alcanzar á la mia.
Yo no me muestro ambiciosa,
tengo riquezas y nombre,
y solo quiero... un pobre hombre,
lo cual no es una gran cosa.
Esta leccion aproveche,
aunque para usted ya es tarde...
CANUTO. ¿A mí lecciones?
ESPER. Y guarde
su hijo... para escabeche. (Vase.)

ESCENA IX.

D. CANUTO D. JUAN.

CANUTO. ¡Señora, tales insultos!...
Y en mi casa!... ¿A que la sigo
y la demando de injuria
y calumnia, y... ¡vive Cristo! ..

La que buscaba un pobre hombre...
¡que elija en San Bernardino!
Cuidado con la viudita...
¡Caramba, que tiene un pico!...
Pero tú ¿porqué te ries?

D. JUAN. Yo!... toma, por que me rio.
CANUTO. ¿Te ha hecho gracia esa señora?
D. JUAN. Gracia ?... si, señor, me hizo.
CANUTO. Pues mira, carga con ella...
D. JUAN. Tanto como eso no digo.
CANUTO. Y serás su mayordomo,
en vez de ser su marido.
D. JUAN. Del dicho al hecho...
CANUTO. Si, el hecho
falta saber; pero el dicho
ya lo ha dicho.
D JUAN. Usted convenga
que tiene mil atractivos
doña Esperanza; es muy linda.
CANUTO. ¿Pero ¡por Dios! no has oido
que es todo mano de gato;
esto es, todo artificio ?...
No obstante, si no te falta
valor para ir al martirio,
te enterrará. Esa señora,
segun lo que yo concibo,
tiene ánimos para ser
viuda de otros cuatro ó cinco.
En fin, allá te las hayas,
tú lo pagarias, hijo;
pero tu padre, que tiene
acreditado su tino,
no aprueba esa boda.
D. JUAN. Yo
á consignar me limito,
que es linda y tiene talento,
para que en lo sucesivo
usted reconozca...
CANUTO. Si,
¿y cómo negarlo, chico?
Pero me gusta Lolita
más: ¡vaya! pues son mas vivos

sus ojos, y al fin no es viuda;
desconoce esos oficios,
y aunque niña, y tiene trazas
de juguetona y diablillo,
se retrata la inocencia
en su semblante. Te digo
que á mí, Lola me ha llenado
por completo.

D. JUAN. A mí lo mismo;
y me casaré con ella,
no hay inconveniente.

CANUTO. Admito.

D. JUAN. Yo voy por el escribano,
usted busque los testigos,
que Lola tambien vendrá
con nosotros.

CANUTO. Muy bien dicho.—
¿Su padre estará presente?

D. JUAN. No lo sé; pero imagino
que si.

CANUTO. Seria oportuno;
pero lo que es muy preciso,
es que se vista... ¿me entiendes?

D. JUAN. ¿De largo?

CANUTO. Pues, el vestido
que preparado tenian...

D. JUAN. Se lo pondrá.

CANUTO. Y tú, Juanito,
aunque esta tarde te cases,
harás el gran sacrificio
de... viajar.

D. JUAN. Bien.

CANUTO. Esta noche
te has de poner en camino.

D. JUAN. ¿Tan pronto?...

CANUTO. Seria tarde
mañana.

D. JUAN. Pero...

CANUTO. Yo insisto
en que te vayas.

D. JUAN. Corriente.

CANUTO. Ya te diré por escrito

cuando has de volver... Entonces
regresarás; ¡picarillo!
¡Lola es tan niña!... Entretanto...
vamos... jugará conmigo.
La entretendré con muñecas.

D. JUAN. Está bien; pues ahora mismo
voy á prepararlo todo
y quedará usted servido. (Váse.)

ESCENA X.

D. CANUTO. á poco DIEGO.

CANUTO. Mi deseo vá á cumplirse.
Cuando se piensan las cosas
no salen bien.—¿Diego?... Avisa
(Se presenta.)
al cura de la parroquia
de mi parte, que estaremos
allí, dentro de una hora...

DIEGO. ¿Nada mas?

CANUTO. Para que case
á mi hijo.

DIEGO. Con la prójima
que salió?

CANUTO. Con la primera.

DIEGO. ¿Tan niña?

CANUTO. ¿A ti que te importa?

DIEGO. A mi nada, ella verá..

CANUTO. Enseguida te personas
en el establecimiento
de coches y que dispongan
seis carretelas. Despues
te llegarás á la fonda,
que tengan doce cubiertos
para las siete... ¡y que haya ostras!

DIEGO. Bien.

CANUTO. Esto es lo mas urgente.

DIEGO. ¿Se ocurre mas?

CANUTO. Vete.

DIEGO. En posta.—
(Pronto estrenaré la capa, (Aparte al irse.)

si sigue el viento que sopla.)

ESCENA XI.

D. CANUTO. D. TADEO.

TADEO. Muy ocupado andas hoy.
CANUTO. Voy á dar cima á una obra
peliaguda. Estoy tratando...
¿de qué dirias?... de bodas.
TADEO. Tambien entre manos llevo
otro casorio.
CANUTO. ¿Si?
TADEO. Ambrosia
se empeña... contra mi gusto;
pero ¿qué hacer? es tan cócora...
CANUTO. ¿Casais la niña?
TADEO. Asi es;
y yo marcho sin demora
á ver si me traigo al novio.
CANUTO. Esperando estoy la novia
de Juan, y esta misma tarde...
TADEO. Tanta premura me choca.
CANUTO. Qué quieres, el plazo cumple
muy pronto, y en estas cosas,
cuanto ántes se proceda
mejor.
TADEO. No pensais con lógica,
ni mi mujer, ni tú. En cambio,
porque á los dos se os antoja,
acaso hareis infelices
á los chicos.
CANUTO. Yo una esposa
le doy de su gusto.
TADEO. Entonces,
Canuto, cierro mi boca.
¡Dichoso él!... la hija mia
será la víctima sola!
CANUTO. ¿Qué dices?
TADEO. Que por tu Juan
mi Isabel estaba loca.
Y tu hijo, estoy seguro

que á Isabel tambien adora.
CANUTO. Lo siento; pero. . ya es tarde.
TADEO. Esa disculpa es muy cómoda.
CANUTO. Tu mujer tiene la culpa.
TADEO. Y á tí te cabe no poca! (Váse.)

ESCENA XII.

D. CANUTO.

Será verdad lo que dice
Tadeo... ó será una broma ?...
Claro que á Isabel no quiere
Juanito ; y al ver á Lola
se enamoró... Yo estoy cierto
que Juan, con muy buenas formas,
me hubiese dicho si optaba
por la una ó por la otra.
Chocheces son de Tadeo
ó juveniles tramoyas
de muchachos. Eso nunca
ha tenido base sólida.
Ademas, mi prima quiere
condiciones onerosas
para mí, la cosa es clara.
Y que en berlina me ponga
no está bien ; no me parece
justo..: es muy avariciosa ;
querrá mandar en los cinco
millones de herencia... ¡ toma !
ese es su flaco.—Ahora llama. (Campanilla.)
Se impacienta. (Otra vez.)
PETRA. Voy, señora. (Atraviesa la escena)
CANUTO. Si sale cuando aquí estemos
todos, quizá arme camorra.
Pensemos en los testigos.
Avisaré á Barahona
y á don Dimas, dos glotones,
amigos de ceremonias,
que como en todas se engulle
quieren asistir á todas.

ESCENA XIII.

D. CANUTO, PETRA.

PETRA. Al momento. (Desde la puerta y mirando adentro.)
CANUTO. ¿Donde vás?
PETRA. A buscar la señorita.
CANUTO. ¿Está fuera?
PETRA. Si, señor;
está en casa de una amiga.
CANUTO. Tú sabrás una disculpa,
si no venis tan aprisa
como tu señora acaso
desea... Una vueltecita
te darás por esas calles
donde hay tantas baratijas...—
¿Has comprado los pendientes
que te dije?
PETRA. Todavía
no.
CANUTO. Pues toma y agrega
este par de monedillas, (Se las dá.)
y serán mejores.
PETRA. Gracias... (Las guarda.)
(Para botas... Ese dia
lo estrenaré todo.)
CANUTO. Vete,
pero mi encargo no olvida.
PETRA. ¡No faltaba mas!
CANUTO. Dos horas
me bastan.
PETRA. Lo que usted diga.
CANUTO. Pero silencio.
PETRA. Se entiende.
CANUTO. Y estudia bien la mentira,
porque si no, tu señora...
PETRA. ¡Caramba! me arañaria.
Yo le inventaré algun cuento
que valga las dos propinas.
Le contaré travesuras
de Cupido... esas cosillas

que nos suceden... ¿estamos?
Porque cuando uno se mira
en ese espejo... más tarde
llega... pues... hasta la vista. (Váse.)

ESCENA XIV.

D. CANUTO.

Bien vá: Tadeo se fué,
y no vendrá Isabelita.
Si encontrára algun pretesto
para alejar á mi prima,
haríamos este asunto
ó esta boda, á la sordina.
Voy á poner cuatro letras
á Barahona y á Dimas.— (Escribe.)
«A las seis en san Isidro:
boda, y despues una opípara
cena, y despues de la cena
dulces y otras golosinas.—
Si no faltais, os prometo
una fuente de natillas.» (Cierra la carta.)

ESCENA XV.

D. CANUTO. DIEGO.

DIEGO. Señor...
CANUTO. Pronto vuelves. (Mientras pone el sobre.)
DIEGO. Soy
un vapor en ciertos dias.
La parroquia está enterada
de todo, igual que el fondista.
(¡Què contratiempo!) (Aparte.)
CANUTO. ¿Y los coches?
DIEGO. Ahora voy.
CANUTO. Echando chispas,
vas á llevar esta carta
donde las señas te indican.
DIEGO. ¿Muy lejos?
CANUTO. Calle del Burro.

Diego. ¡ Ah ! vamos, está en la esquina.
Canuto. ¿ Qué esperas ?
Diego. (¡ Si no le encuentro !...) (Aparte.)
Canuto. ¿ Qué dices?
Diego. Nada, decia...
Don Tadeo no estará ?
Canuto. No.
Diego. Pregunta una vecina
por su mercé.
Canuto, Pues no ha vuelto.
Diego. (Voy á seguirle la pista. (Aparte yéndose.)
Si no le alcanzo, á mi capa
se la come la polilla.)

ESCENA XVI.

Dichos, D. TADEO. D. JUAN.

(Juan con el trage del Doctor, hace exageradas cortesías como el diálogo indica. Diego al salir tropieza con don Tadeo y se detiene á la puerta.)

Tadeo. ¡Ah, torpe!... ¿No vés siquiera...
Diego. Señor ..
Tadeo. La tierra que pisas?
Diego. Es que...
Tadeo. Por poco me juntas
el pecho con las costillas.
Diego. Perdone usted. .. (Se salvó
la patria.) Yo no queria... (Vase.)
Tadeo. Entremos. (Se detienen para cederse la entrada.)
Canuto. (¿Será ese el novio?)
Tadeo. Pasaré.
Canuto. (¡Qué cortesías!)
Servidor... (Saludando.)

ESCENA XVII.

D. CANUTO.

Vaya una facha !
si es un viejo... ¡ pobre niña !
¡ Ambrosia la hará infeliz !
Será rico... Aun con las minas
de la Australia, tal enlace
yo nunca consentiria.—
Pero ese Juan que no vuelve...

ISABEL. ¡ Aqui estoy yo ! (Desde la puerta.)
CANUTO ¡ Ah !... qué linda !

ESCENA XVIII.

D. CANUTO. ISABEL.

ISABEL. ¿Qué tal?.... Hágase usted cargo.
Los juguetes abandono;
ahora voy á darme tono. (Da algunos pasos.)
¿Tengo buen aire.... de largo?
CANUTO. Si, si, estás muy elegante...
y hechicera !
ISABEL. Adulador... (Se acaricia.)
CANUTO. Qué ! ¿ no viene tu señor
padre ?
ISABEL. Si, vendrá al instante.
Quedó en la calle, con ese
escribano... y con Juan.
CANUTO. Ya.
ISABEL. Venga esa mano, papá ;
¿ Permite usted que la bese ?
CANUTO. ¡No he de querer, hija mia!
(De cariñosa se pasa.)
¡Tú, volverás á esta casa
toda su antigua alegria! (Campanilla.)
ISABEL. (¡Oh, Dios mio!)
CANUTO. Ambrosia llama. (Otra vez.)
ISABEL. (¡Yo tiemblo!)
CANUTO. Por mas que suena,

no acuden.

ISABEL. (¡Siento una pena!...) (Otra vez.)

CANUTO. ¡Dale!...

AMBROS. ¡Petra!... (Dentro.)

ISABEL. (Empezó el drama.)

ESCENA XIX.

Dichos. D.ª AMBROSIA. D. TADEO y á poco D. JUAN.

AMBROS. Ese tardar... ¡Si está aquí! (Viendo á su hija.)
Venga usted, venga, doctor.
Llamando á mas y mejor...

TADEO. Aquí estamos. (Saliendo.)

ISABEL. (¡Ay de mí!)

AMBROS. Canuto, anunciarte puedo
que voy á dar un gran paso;
y es qué á mi Isabel, la caso
con el señor... de Sangredo. (Saluda el doctor.)

CANUTO. Pues la boda precipita,
ya que tienes tanto afan.
Yo esta tarde caso á Juan...

AMBROS. ¿Si?

CANUTO. Con esta señorita. (Señala á Isabel.)

AMBROS. ¡Con esta !.. (Asombrada.)

CANUTO. ¿No lo has oido?

AMBROS. Luego... ¿consientes?

CANUTO. Consiento.

AMBROS. ¿De veras?

CANUTO. De aqui á un momento
mi Juan será su marido.

AMBROS. ¿Te convencieron?

CANUTO. ¿A ti,
no te agrada por ventura?

AMBROS. Si.

CANUTO. ¿Te llena esta hermosura?

AMBROS. ¿Me lo preguntas á mí?—
Yo ambicionaba esta union,
Dios sabe que la queria;
cuando otra cosa decia
engañaba al corazon.—
Toma mi mano, cruel,

y cesen nuestros enojos...
Ahora, que seque sus ojos
en tus brazos Isabel!

CANUTO. ¡Esta es tu hija!.. ¿Qué trama
habeis urdido?..

TADEO. ¡Canario!

ISABEL. ¿Le pesa á ustéd?

CANUTO. ¡Al contrario!

ISABEL. ¿Qué no inventa quien bien ama?

CANUTO. Nuestros pasados rencores
terminen... nadie se aflija.

TADEO. ¡Qué gozo!...

CANUTO. ¡Pues si es tu hija
un ramillete de flores! (La abraza.)

AMBROS. ¿Doctor?...

D. JUAN. ¿Eh?...

AMBROS. Mucho lo siento...
pero ya ve usted.

D. JUAN. Me voy.
Con una sangria, estoy
curado.. si no, reviento.
Aunque yo, por si esta treta
al cabo se me jugaba,
á prevencion me llevaba
una soberbia receta.

AMBROS. ¿Cuál?

D. JUAN. Haciéndome cosquillas
en lo que se llama nuca,
¡zás! me salta la peluca (Hace lo que dice.)
y enseguida las patillas.
Tiro el baston y el gaban,
me quito los anteojos,
y aparezco ante los ojos
del mundo... como soy.

CANUTO. ¡Juan!

AMBROS. ¡Niño!

D. JUAN. Su perdon les pido.

AMBROS. ¿Es tu hijo?

CANUTO. Hecho y derecho.

D. JUAN. Señora, lo que hemos hecho
nos lo aconsejó Cupido.

CANUTO. La herencia ya será una.

AMBROS. La conservareis entera.
D. JUAN. Lo que yo buscaba era. .
esto... ¡que es otra fortuna.—
(Toma la mano á Isabel.)
Los padres que proporciones
rebuscan matrimoniales,
suelen encontrar caudales;
pero nunca corazones.
Matrimonio sin amor,
aunque le sobre el dinero,
¿qué hará?
CANUTO. Comer.
D. JUAN. Cierto; pero...
les falta el plato mejor!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos. PETRA. DIEGO.

PETRA. Señora...
DIEGO. Señor...
CANUTO. ¿Qué és ello?
AMBROS. ¡Qué manton y qué vestido!
DIEGO. Venimos... por lo ofrecido. (A don Juan.)
PETRA. Si, venimos... por aquello. (A Isabel.)
DIEGO. Esperan los carruajes. (A don Canuto.)
CANUTO. ¿Tú con capa?
DIEGO. De este modo,
hay boda... y lo estreno todo.
PETRA. Estrenamos... estos trajes.
CANUTO. ¿Y mis propinas?
PETRA. Presentes,
encima me las he echado.
¿Ve usted qué lindo calzado? (Enseña el pié.)
Pues mire usted los pendientes. (Los muestra)
ISABEL. Les prometimos los dos
que se casarian...
AMBROS. Bien.
CANUTO. Pues que se casen... y amén.
PETRA. Me caso... ¡gracias á Dios!
DIEGO. ¡Si, muchas gracias, Dios mio!
D. JUAN. Os sopla el viento de popa.
PETRA. Y luego, con esta ropa...

yo... vamos, no siento el frio.

D. JUAN. Si usted enferma, no hay miedo, (A Ambrosia.)
la curacion es segura.
Antes que llamar al cura
aqui está el doctor Sangredo.

ISABEL. Una peticion me queda (A Canuto.)
que hacer... por doña Esperanza.

CANUTO. ¿Y es?

ISABEL. ¡Su perdon!

CANUTO. Pues le alcanza.

ISABEL. QUIEN BIEN AMA, BIEN ENREDA.—
Otro favor pediría
repartido en dos secciones.

CANUTO. Primera.

ISABEL. Las bendiciones.
Luego... á la confitería.

CANUTO. No puedo negarte, hermosa,
lo que pides con tal fé.

ISABEL. Con tiempo le dije á usté
que era por demás golosa.

CANUTO. Y ¿nada mas quieres?

ISABEL. Nada.
Miento: lo que mas deseo
no son dulces... ¡ya lo creo!
es... oir una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice con *las supresiones hechas.*

Madrid 7 Febrero 1868.

El Censor de Teatros,—NARCISO S. SERRA.

Quedan hechas las supresiones que se indican.

EL AUTOR.

DOS PALABRAS:

Te leí, mi querido Mora, algunas escenas de este juguete, que se terminó por tus consejos.

Es una especie de niño, nacido bajo la influencia de la casualidad, al que insensiblemente fui corrigiendo algunos de sus vicios.

Todos los actores le habeis tratado tan cariñosamente, que á esta sola circunstancia se debe que el público le haya agasajado regalándole sus dulces palmadas.

Consignándolo así, cumplo con mi agradecimiento, y te doy un testimonio de la cariñosa amistad que te profesa tu apasionado

El Autor.

